

Más allá de la guerra de sexos

Virginie Despentes, impulsora del 'posfeminismo', rebate los estereotipos de género en su último libro, en el que además analiza temas tabú como la prostitución, las violaciones o el cine porno.

El esfuerzo que han hecho las mujeres durante siglos para sobrevivir en una sociedad a todas luces machista es el tema del que hablan las páginas de *Teoría King Kong* (Ed. Melusina). La autora, Virginie Despentes, define esa situación como la «historia de una violencia inaudita». En su nuevo libro, la creadora del posfeminismo —así la ha bautizado la prensa francesa— reflexiona sobre la violación que sufrió hace 20 años, repasa su época de prostituta y analiza las críticas que recibió cuando vomitó un buen puñado de verdades en su novela *Follème*, más tarde llevada al cine por ella misma. La escritora emplea la metáfora de King Kong, el animal asexuado y violento, para demostrar que los estamentos de poder quieren destruir cualquier impulso sexual (placer) o violento (libertad) que emane tanto de hombres como de mujeres. Porque la lucha de géneros, asegura, no es más que un truco del capitalismo para mantenernos entretenidos y ausentes de los auténticos problemas actuales.

YO DONA. Tu libro es extremadamente sincero. Tanto, que a veces resulta incluso ofensivo. ¿Ese es el único camino para abrir los ojos a las lectoras?

VIRGINIE DESPENTES. Antes de escribirlo, me sentí a pensar cómo debía expresar lo que quería decir, evitando esas precauciones que los escritores solemos adoptar cuando tocamos ciertos temas. He hecho un ejercicio de sinceridad, violento a veces hasta conmigo misma. La única forma de aproximarme a la verdad sin dejarme dominar por la vergüenza era empleando un lenguaje irreverente al de la publicidad: claro, directo y desnudo.

En la obra, partes del punto de vista de quien se considera una prole de la femineidad, que huye del estereotipo de mujer 10. ¿Crees que el discurso femenino actual margina a las que no se cifan a los cánones de belleza?

Ser una prole de la femineidad no es una elección. No se trata de decidir apartarse de los cánones de belleza y sumisión implícitos, es que casi todas las mujeres están fuera de esos modelos, les guste o no. Aunque ni ellas mismas lo sepan, no se ajustan a lo que la publicidad y los hombres les exigen: ser guapas, trabajar bien, ser buenas madres, adorar a sus maridos...

También denuncias el fenómeno de la referminización, el intento de convencer a las féminas de que deben parecer todavía

“Hoy se pide a las mujeres que se adecúen a un mismo canon de belleza. El proceso de uniformización nunca había sido tan obvio.”



más mujeres de lo que ya son, sobre todo, recurriendo a las operaciones de cirugía estética.

Es que hoy se nos pide —independientemente de nuestra edad, físico o racionalidad— que nos adecuemos a un mismo canon de belleza. Somos la primera generación que se confronta a ese mandato de un modo tan universal. Incluso a una madre de cinco hijos se le exige que haga un esfuerzo por seguir en el modelo. No hay escapatoria. El proceso de uniformización nunca había sido tan obvio como en la época actual.

Sostienes que las mujeres con poder, y en especial las escritoras, se han vendido al discurso machista para medrar. ¿Cómo se puede romper esa traición?

Las que han accedido a puestos importantes fingen admirar el modo de ser de los hombres. Nunca ha ocurrido algo similar con otras minorías. Jamás se ha pedido a los obreros o a los negros que expresaran su amor hacia la burguesía o los blancos, respectivamente, pero sí se insta a las mujeres a que manifiesten su devoción por el mundo masculino.

Un informe reciente revela que los adolescentes españoles son más machistas que sus padres. ¿Que crees que sentirán las chicas de hoy en día cuando lean tu libro?

Uno de los motivos por los que escribí *Teoría King Kong* fue porque, tras charlar con niñas de 15 años, me di cuenta de que nunca habían oído hablar del feminismo. Quería denunciar que estamos viviendo una época de borrado sistemático de todo lo que huele a discurso feminista.

En cuanto a la prostitución, ¿por qué defiendes que haya mujeres que se aprovechen de su género para obtener beneficios de los hombres?

Todas las prostitutas con las que he hablado opinan lo mismo que yo. Las únicas que protestan ante mis afirmaciones son las feministas abolicionistas que, curiosamente, siempre son blan-

cas, burguesas y casadas, es decir, personas que no tienen ni idea de lo que es la prostitución. Pero, con esta denuncia, me refiero al trabajo sexual en sí, no a la trata de blancas ni al fenómeno de la migración ni a otros problemas que deberían ser abordados desde el ámbito de las condiciones laborales en el primer mundo, y no desde el terreno propiamente sexual.

En relación al cine pornográfico, dices que las estructuras de poder nos esclavizan a través del sexo.

En 1975, cuando las salas X estaban hasta la bandera, el Ejecutivo francés promulgó una ley que censuraba ese tipo de cine. Curiosamente, en esa misma época florecían las películas de miedo. Hoy, 30 años después, tenemos un cine de terror excelente y el porno es una basura. La conclusión es que los gobiernos subvencionan la producción cinematográfica dirigida a provocarnos miedo, mientras que censuran la destinada a mostrarnos cómo experimentar la vida desde el placer.

Has escrito que das vueltas a la definición de la palabra femineidad. ¿Ya la has encontrado?

Una de las intenciones de mi último ensayo es, precisamente, cuestionar los términos femineidad y masculinidad. Quiero demostrar a los hombres y a las mujeres que dichos conceptos no existen, que son inventados. No deben crearse.

Aun así, ¿te sorprende que nunca haya habido un debate intelectual para replantear el concepto de masculinidad, cuando las mujeres llevan tres décadas elaborando el suyo?

Sí. Tiene que haber ciertos de hombres cansados de aducirse al modelo que se les impone. Les dicen que tienen que ser duros, fuertes, insensibles... Y seguro que muchos de ellos no se sienten así. Ojalá un día se levanten todos a la vez para gritar que están hartos, porque sólo así se producirá un cambio. Aceptar los cánones de masculinidad también es un modo de sumisión y una pérdida de identidad. **Por Álexis Colomé**